

UNA SITUACION FRANCESA

PARTIDOS, PARLAMENTO,
OPOSICION, DICTADURA...

Por EDUARDO HARO TECGLEN

LOS acontecimientos políticos de la pasada semana en Francia tienen las características esenciales de una crisis de régimen. Huelga general, petición gubernamental de poderes especiales, debate torrencioso en el Parlamento, desafío y amenazas del Presidente de la República en una conferencia de prensa, principio de división en la mayoría gubernamental, principio de unidad en las fuerzas de la oposición: todos los síntomas son visibles. François Mitterrand habla de «pequeña guerra de sucesión», aunque no se refiere más que a la entablada dentro de la mayoría. Jean Fauvet utiliza el mismo término. El Club Jean Moulin, en uno de sus boletines, califica la situación de «guerra civil entre el ejecutivo y el legislativo». Entre todo este alarmismo, quizá el más sonoro sea el del propio general De Gaulle, que pertenece a esa casta de hombres políticos que creen que es preciso estar siempre en un tono mayor. El gran sofista, el gran imaginativo de la política, se ha metido esta vez en terrenos inverosímiles. Su idea temática consistió en que situar la política nacional al alcance del Parlamento y de los partidos políticos es un medio inevitable para llegar a la dictadura totalitaria. Pero anular el poder de los partidos, eliminar las posibilidades legislativas del parlamento, ¿no es ya una dictadura totalitaria? ¿Se puede seriamente decir que es precisa una dictadura para evitar una dictadura?

Todos estos síntomas tan claros, tan visibles, no son definitivos. Son un principio. La situación social y económica no son buenas en Francia. Son bastante malas. El régimen necesita acudir a un recurso constitucional de excepción, que la Constitución le permite, para hacer frente a esas situaciones. Pero ocurre que ese régimen gobierna desde hace nueve años el país, y lo gobierna sin más oposición que la puramente verbal. El Parlamento no ha dejado de votar ni una sola de las leyes propuestas. ¿A quién puede culpar, tras nueve años de poder absoluto, de que no haya estabilidad social ni económica? ¿Por qué acusar a un Parlamento que ha sido siempre fiel, cuyos poderes han sido poco a poco limitados? ¿Por qué soslayar ese Parlamento mediante la utilización dramática y espectacular de los poderes especiales, cuando la serie de decretos —el tren de decretos, se dice en francés— que tienden a mejorar la situación serían de todas formas aprobados? Todas estas interrogantes reflejan una situación ilógica. Pero no hay que olvidar que tras cualquier comportamiento de aparente falta de lógica hay una lógica clandestina.

La lógica del general De Gaulle, de su régimen y de su Gobierno no tiene más objeto que el de sobrevivir. Es un hombre cortáceo, acaparazonado, que ha creado un régimen defensivo y resistente, amparado por una constitución de protección. Todas las reformas institucionales realizadas por el general De Gaulle desde que llegó al poder tras una situación irregular —el golpe de estado del 13 de mayo— y referendadas, eso sí, por referendums populares, tienen un aparente tono de elevación histórica, de garantía del futuro; en realidad, son instrumentos de conservación del poder. Los dos objetivos no son incompatibles. Un hombre público con la medida sober-

bia que tiene el general De Gaulle, tiende siempre a creer, con la mejor buena fe, que nada podrá perfeccionar lo que él mismo ha hecho y lo que sus más fieles sucesores pueden hacer siguiendo su línea. Un rey absolutista francés pronunció la frase «después de mí, el diluvio»; esta frase no tenía el carácter cínico que le han atribuido los historiadores jacobinos subsiguientes, sino la amarga seguridad de que él era el único muro de contención ante una catástrofe, imaginada en forma de diluvio bíblico, que anegaría para siempre el país. La Historia le quitó la razón. Hubo una tormenta, hubo una lluvia y la constancia histórica del país se aseguró de una forma que quizá la continuación de la monarquía, la prolongación del régimen, no hubiesen podido asegurar; y, además, esa lluvia fertilizó el mundo con ideas nuevas, muchas de las cuales están aún en vigor; tan en vigor que el general De Gaulle tiene que preocuparse, en 1967, de combatirlas todavía.

De Gaulle, como lo fue Adenauer, es un conservador. Ser conservador no es solamente una posición política hacia el exterior, ni siquiera una ideología o una filosofía: es un hecho psicológico, físico, hasta fisiológico. Se es conservador de todo: se es conservador de sí mismo. Se combate a la defensiva, se eliminan las superficies de rozamiento, de desgaste. El general De Gaulle ha iniciado, frente a una crisis de régimen que le amenaza directamente, una serie de movimientos de defensa. El recurso a los poderes especiales es una forma de decirle a la nación: «No me han dejado. Ahora que me quedo solo, ya verás lo que soy capaz de hacer»; es abrir un tiempo de espera. Amenazar con la posibilidad de una dictadura totalitaria, advertir que «los otros» quieren entregarse a Moscú o a Washington es un viejo y conocido recurso. De Gaulle tiene otros más directos si las cosas le viniesen peor: incluso disolver el Parlamento, incluso convocar nuevas elecciones generales. Es decir, utilizar hasta el fondo los recursos legales que le permite la Constitución. Resistir, sobrevivir, durar. Vestirse con el traje que convenga.

Sin embargo, el peligro por el que atraviesa ahora, el régimen es grave. La defensa está constituida hacia el exterior, hacia la oposición; principalmente hacia la izquierda. Pero el enemigo ha surgido dentro de la fortaleza. Francia ha roto la alianza con Estados Unidos, ha abierto una nueva vía de comprensión hacia la U. R. S. S. y el mundo comunista; pero ya no avanza ni retrocede, se ha quedado en un punto equidistante. Su calidad roqueña paraliza el Mercado Común, detiene el reloj en las negociaciones del «Kennedy Round»; su ausencia obstaculiza las conversaciones de desarme en Ginebra. Pero como la Historia continúa y no se detiene ante un obstáculo tan breve, tan efímero, como lo es el general De Gaulle, lo único que ocurre es que Francia se va convirtiendo en un país marginal y aislado, irritante para quienes necesitan progresar, a punto ya de ser desbordado por las negociaciones directas entre Estados Unidos y la U. R. S. S. De Gaulle se detiene, De Gaulle se para; pero no es más que una detención ilusoria, porque él mismo,

inevitablemente, continúa envejeciendo. Y la política se hace en el interior del país, aunque él haya querido hacer un país sin política. La izquierda se aglutina, se forma, busca las vías que le permite la legalidad. Las elecciones, aun siendo tan difíciles para la oposición, dan una inclinación cada vez mayor a la izquierda.

Esta simiente de destrucción crece. Y produce lo que siempre se produce: la escisión interior. Es lo que Jacques Fauvet y Mitterrand llaman «pequeña guerra de sucesión». Desde dentro de las filas degollistas, desde dentro de la mayoría, surgen las amenazas. El régimen está preparado para combatir las amenazas exteriores: de pronto, tiene que combatir las interiores. «Una rivalidad de hombres y de clanes», dice Mitterrand. Cada uno busca su futuro. La política no se rige solamente por una lucha entre ideologías, ni siquiera por un enfrentamiento directo entre intereses de clases, que es la base de las ideologías. En política importan mucho las ambiciones personales, y no solamente las económicas, sino en mayor medida las de poder. Lo que en el teórico lenguaje de los discursos se llama «la pesada carga del poder», no solamente no parece pesada, sino una de las drogas más eficaces del mundo. Un personaje de Benavente, el «Rubio» de «La Malquerida», quería «mando, mucho mando». Los políticos profesionales son capaces de prescindir de excelentes situaciones económicas y personales con tal de tener mando, mucho mando. Los escisionistas del general De Gaulle quieren ya apuntarse al régimen por venir, en vista de que éste tiene su futuro contado. Tienen, como dice Jacques Fauvet, «un pie en la mayoría y otro en la oposición». De Gaulle trata de forzarles a reunirse al rebaño. El tren de medidas especiales tenía que provocar, necesariamente, una moción de censura de la oposición. Ha provocado, además, una huelga general: nada favorece más los designios del General. De esta forma fuerza a sus diputados

rebeldes a que voten con el Gobierno, a que formen un bloque, aunque sea forzado, para evitar la destrucción rápida de un sistema en el que están incluidos aunque quieran fingir que no lo están. Se trata de forzar una situación en blanco y en negro. ¿Es legítima este arma? Un jurista de la categoría de Georges Vedel —decano de la Facultad de Derecho, de París— la combate directamente. Es injustificable —dice—, tanto desde el punto de vista de la mayoría como desde el de la oposición. En lo que concierne a la oposición, es algo evidente: un Gobierno debe, en su interés y en el de la nación, aceptar el diálogo con la minoría parlamentaria. La oposición no es un mal, ni siquiera un mal inevitable o un mal necesario; es un órgano del cuerpo político de la misma forma que lo es el poder. En cuanto a la mayoría, obligarla a firmar en blanco es negar su existencia misma». «La mayoría no es un séquito (en alemán, «Folge»); es el sostén, el interlocutor y el consejero del Gobierno».

Es precisamente contra esta doctrina política contra la que más ávidamente ha combatido De Gaulle en su conferencia de prensa. La mayoría, según él, tiene que ser firme, monolítica, incondicional. Tiene que ser servil. A cambio de eso goza del poder y de las prebendas. La oposición debe ser reducida al silencio, a la nada, a la aniquilación: su triunfo podría traer desgracias sin cuento, ruptura del poder, anulación del país. Cada día hay un país que se decide por este sistema: Brasil, Argentina, algunas naciones africanas, Grecia. Esto tiene su propia ética, aunque a muchos nos repugne y nos parezca odiosa. Pero tratar de forzar la situación disfrazándola; tratar, incluso, de advertir que ésta es la única forma de luchar contra la dictadura, es algo que sin duda rebasa la ética política, aun siendo ésta tan amplia de tragaderas como ha venido a serlo en el mundo de hoy.



Francia: «guerra civil entre el ejecutivo y el legislativo». El general De Gaulle inicia, frente a una crisis de régimen, movimientos de defensa.